

Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

PABLO NERUDA

UNO

Duermevela

Una vez más me pregunto por qué, de entre todas las personas, vivas o muertas, reales o ficticias que podría haber elegido, te estoy contando todo esto precisamente a ti. Casi como en el viejo cliché: «de todos los bares del mundo, por qué tenía que venir al mío», sólo que soy yo quien entra en tu bar y te atormenta con su cháchara de borracho en lugar de ser tú el que cruza la puerta del local y me da con el pasado en las narices.

No lo sé. (Algo dentro de mí me dice que eso no es cierto, una voz femenina que es mi voz o al menos lo fue durante unas horas, pero intento no hacerle caso y tengo un éxito moderado.) En realidad no es importante. (Y la misma voz me dice que miento, que claro que es importante, pero una vez más me las apaño para fingir que no la oigo.) En cualquier caso, sepa o no los motivos, sean éstos triviales o no, eso no va a detenerme. (Me tenso, aguardando nuevas recriminaciones, pero la voz guarda silencio.)

Por tanto, sigo hablándote, imaginando tus reacciones, tus gestos, tu lenguaje corporal, todas esas respuestas que ya no podrás darme. Que en realidad jamás me diste. Que quizá yo ni siquiera quería que me dieras.

Compruebo las noticias, echo un vistazo a ese mundo exterior que nunca me ha importado gran cosa, al que sólo he prestado atención cuando lo que ocurría en él tenía alguna repercusión en mi mundo personal. La red parece estar calmándose. La gran revelación no ha sido para tanto, al fin y al cabo; sólo otra conspiración más en un mundo lleno de ellas. Los usuarios van eliminando de sus máquinas el software invasor, ponen a punto nuevas salvaguardas y vuelven a conectarse. Los comentaristas de los noticiarios hablan del escándalo, pero su horror cada vez parece más fingido a medida que pasa el tiempo y el mundo sigue dando vueltas.

Lo más curioso (y seguro que tú lo sospechabas; seguro que lo anticipaste e incluso puede que lo deseases) es que muchos usuarios han renunciado a purgar el programa parásito de sus máquinas. Lo han hecho visible, por supuesto, pero no para controlarlo o destruirlo, sino para asegurarse de que sigue allí. En algunos casos incluso han permitido que el tiempo de proceso que robaba sea mayor que antes: le han abierto las puertas de par en par al ladrón y le han dado la combinación de la caja fuerte. En cierto modo, el proyecto de Zoltan (o al menos la parte de él que conocen) está siendo reforzado por miles, quizá millones de voluntarios

que le dan permiso tácito para hacer abiertamente lo que hasta ahora venía realizando en secreto.

Dudo que las repercusiones legales le importen mucho (por más que, en uno de mis monitores, un abogado representante de no sé qué sociedad de usuarios esté amenazando con dejarlo en la indigencia), pero no creo que a Zoltan le agrade la idea de que su proyecto se haya convertido en algo de interés público. Las ventajas a corto plazo que eso conllevaría no compensan frente a la posibilidad de que alguien descubra qué hay detrás de todo esto.

No sé qué hará. Supongo que fingir que humilla la frente, pagar unas cuantas multas y hacer creer al mundo que ha terminado con el proyecto Saulo, sólo para reactivarlo otra vez, ahora de un modo más sigiloso.

O quizá no. Puede que no tenga tiempo. Todo depende de que hayas sido capaz de cumplir lo que te encargué. No creo que tarde mucho en averiguarlo.

Apago todos los monitores menos uno. En él, una secretaria se acerca a Andrea. Su cuerpo parece esculpido dentro del traje, como si la ropa y ella fueran una sola cosa diseñada para excitar; y su rostro es una máscara tan bella como inexpresiva. Justo el tipo de mujer que definías como «violable» cuando creías que Andrea no podía oírte.

—Puede pasar, señorita Abercombe —dice, con una voz tan fría como un carámbano pero que tiene una extraña cualidad sensual.

Andrea se incorpora: mi campo de visión cambia bruscamente y la secretaria ya no me parece una inaccesible torre de carne concebida para el asalto. De hecho, es ligeramente más baja que Andrea y parece molesta por ello, como podría estarlo un rey ante la osadía de un súbdito que se atreve a llevar la cabeza cubierta en su presencia.

Ambas recorren un pasillo interminable y pulcro en dirección a un ascensor. La secretaria taconeá con esa eficiencia marcial que definías como «un síntoma claro de la zorra dominante a la que en el fondo le va la marcha» y que yo afirmaba encontrar fatua pero que en el fondo, como bien sabías, me excitaba. Cuando llegan al ascensor, éste se abre, como si alguien en las alturas las estuviera observando y hubiera querido mostrar su poder con ese gesto fútil.

La secretaria le indica a Andrea que pase, con un ademán tan fluido y natural que debe de pasarse horas enteras ensayándolo ante el espejo. La imagen se balancea, así que supongo que Andrea ha asentido. Luego, la secretaria desaparece de nuestro campo de visión y ambos nos encontramos dentro de la jaula claustrofóbica del ascensor. Andrea se gira mientras las puertas se cierran y el último atisbo que ambos tenemos de la

eficiente secretaria es un mohín de hastío que relaja inesperadamente sus facciones y que ella debe de creer que nadie ha visto.

No sé qué piensa Andrea mientras el ascensor desciende un piso tras otro. Sé qué pienso yo y es más que suficiente. Pienso que dentro de horas, o de minutos, Andrea estará muerta o gravemente herida y que un grupo de mandíbulas cuadradas embutidos en polímeros de camuflaje echará abajo la puerta de mi casa y cargará con mi cuerpo de tullido en dirección a un lugar que no existe en ningún mapa y del que no saldré jamás. En cuanto a ti, estés donde estés, ya no me preocupa demasiado lo que te haya ocurrido. Lo más probable es que a estas alturas no seas más que un puñado de ruido, y mi única esperanza (si bien no demasiado consoladora) es que hayas cumplido con tu objetivo antes de morir.

Todo eso no importa, por supuesto, y ambos lo sabemos bien. Como tampoco importa la entrevista que Andrea se ha empeinado en mantener con Zoltan. En el momento mismo en que ella dejó mi apartamento y yo te lancé de nuevo a la red, el genio salió de su botella para siempre y sé que luchará hasta el último aliento para obedecer la orden final de su amo (¿lo harás realmente? La pregunta me quitaría el sueño si no tuviera otras más inquietantes en la cabeza). Es muy posible que, cuando Andrea entraba en el ascensor, la vacuna ya estuviera empezando a producirse por millones de unidades y a soltarse en nuestros depósitos de agua y nuestros recicladores de alimentos. Ignoro si viviré para comprobar sus resultados, pero eso tampoco importa. He hecho lo que tenía que hacer y, aunque él crea que ha ganado, la victoria final será nuestra.

Me gustaría saber, entonces, por qué tengo tanto miedo. Alguien dijo una vez que la inmortalidad personal se le antojaba insoportable, que nada quería más que diluirse y dejar de ser él mismo. Me temo que yo no quiero dejar de ser yo, y por mucho que, al final, nuestro bando sea el vencedor, ni Andrea ni yo estaremos allí para disfrutarlo. Tampoco estarás tú, pero hace mucho que dejaste de estar, así que no debería sentirme culpable por ello. Claro que he pasado gran parte de mi vida sintiéndome culpable y al mismo tiempo tratando de esquivar la responsabilidad de lo que hice, y es demasiado tarde ya para cambiar. Además, y supongo que ésa es la razón realmente importante, no me apetece.

El ascensor continúa bajando. Los pisos parpadean rápidos en el display del que ella no aparta la vista y vuelvo a preguntarme qué estará pensando. No es nada nuevo; indagar sobre lo que piensa o deja de pensar Andrea ha sido desde siempre uno de mis pasatiempos favoritos. Al final suelo llegar a la conclusión de que no estoy incluido en sus pensamientos más que como un vago recuerdo que la incordia ocasionalmente,

una especie de puente que la conecta con un pasado en el que prefiere no pensar pero que no puede silenciar.

Al menos así fue hasta la tarde, hace una semana, en que vino a mi casa. No se molestó en dar explicaciones, obvió el hecho de que llevábamos casi un año sin vernos como si eso no tuviera la menor importancia y agitó ante mis ojos una oblea cuadrada de plástico igual que un señuelo de caza. Soy capaz de recordar, prácticamente sin esfuerzo, la precisa expresión de su rostro, el brillo terco en su mirada; el mismo, pienso, que debe de tener ahora mientras el ascensor la lleva en su descenso personal a los infiernos.

Yo había contemplado el disco negro que sujetaba en la pinza de sus dedos demasiado largos y había intentado con todas mis fuerzas (fracasando, como casi siempre) que mis ojos no se cruzaran con los suyos.

—¿Has asaltado un museo?

Fue lo primero que me vino a la cabeza, y lo solté rápidamente, casi de forma atropellada. Ni el más obsoleto de los infofanáticos usaba un sistema magnético para almacenar los datos. Y eso era justamente lo que me estaba mostrando.

—Yo no. Pero quizá el propietario de esto sí.

Asentí y, por primera vez, me permití el lujo de mirarla directamente. Apenas había cambiado durante aquel año, salvo quizá para ser más Andrea y, por eso mismo, más peligrosa.

—¿Uno de tus casos? —pregunté.

—Más o menos. Se lo subarrendé a la policía.

—¿Tan mal andas de dinero?

—No, pero me pareció intrigante. Aparte del disco y algunos objetos personales sin importancia, el fiambre no tenía nada más.

—¿Cómo que nada más?

—Quiero decir «nada más». Ni su ADN ni su patrón retinal ni sus huellas digitales están registradas en ningún sitio.

La respuesta obvia acudió a mi mente casi enseguida.

—Mezclarte en asuntos de la mafia no es tu estilo.

—Ya. Suponiendo que el cadáver en cuestión fuera un correo suyo, tienes razón. Pero no lo parece. Su muerte no encaja.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando matan a uno de los suyos por traicionarlos, o se lo carga una banda rival, no se molestan en fingir un suicidio. Dejan bien claro que ha sido un ajusticiamiento. Así sirve de advertencia para otros.

—Vale. Supón que no sé nada del caso y que me lo cuentas.

Fue entonces cuando Andrea se dio cuenta de que todavía no me había puesto en antecedentes. Torció un lado de la boca, se sentó frente a mí y buscó uno de aquellos apestosos cigarrillos de camionero del siglo pasado que tanto le gustaban.

—Lo siento. Tienes razón. Di con ello anoche, mientras rebuscaba entre los casos pendientes de la policía oficial

Asentí. Sabía que era algo que Andrea hacía ocasionalmente. No porque necesitara el dinero; era bastante buena y apreciada en su oficio, pero a veces le apetecía trabajar por el asunto en sí, siempre que le pareciera interesante.

—A primera vista parecía un accidente, un atropello, hasta que el forense terminó la autopsia y encontró rastros de un veneno. Como el tipo no tenía ninguna identificación, la policía se limitó a archivarlo y ponerlo a disposición pública. Y ahí es donde entré yo.

A aquellas alturas debería estar más que acostumbrado a la ceguera de cualquier burocracia, pero había cosas que me seguían dejando perplejo.

—Cojonudo —dije—. Encuentran a alguien cuyo ADN no está registrado y suponen que carece de importancia en lugar de pensar todo lo contrario. Típico de los maderos.

—Están sobrecargados de trabajo, Álex, y éste es un caso que para ellos no acarrea más que gastos, sin ningún beneficio.

—Tampoco para ti.

—Salvo el obvio de que me interesan los misterios y me gusta desentrañarlos. No tanto como para dedicarme a ello a tiempo completo, claro; también tengo que comer.

—Sí, y financiar esa especie de mierda prensada que te metes en los pulmones.

—Eh, es mierda prensada de la mejor calidad. Cuesta lo suyo.

Los dos sonreímos, una pálida sombra de la complicidad que había habido entre nosotros en otros tiempos, cuando aún vivías.

—De acuerdo, volvamos al asunto —dije. Hablar había sido siempre para mí una forma de ocultarme, de fintar, de nadar y guardar la ropa para que mi enemigo no me pillara desprevenido. Seguía funcionando, aunque en cierto modo inquietante era como estar dando saltos sobre una superficie resbaladiza y poco fiable—. Sigo diciendo que podría ser cosa de la mafia. Usar un modo anticuado de almacenar información puede ser la forma perfecta de que nadie sepa que se trata de información. Quizá era un correo de alguna familia local. Y tal vez

su asesino fingió un accidente para que sus jefes no supieran que alguien lo había matado.

Andrea me miró divertida.

—Claro —me respondió—, y por eso se deja el disco en el lugar del crimen, en vez de llevárselo y tratar de averiguar qué contiene. Por no mencionar que la sustancia que lo mató tenía pinta de llevar en su cuerpo unos cuantos años y que dejaron de darle el antídoto hace menos de setenta y dos horas.

En otras palabras: «la detective soy yo y será mejor que no intentes enseñarme a hacer mi trabajo».

—Vale, vale, no es la mejor de las teorías. Y, de todas formas, no es asunto mío.

Me acomodé en mi sillón y volví a examinar el disco, aunque como siempre, parte de mí buscaba una superficie reflectante desde la que contemplar a Andrea con impunidad y sin riesgo. Es curioso con qué facilidad vuelven los viejos hábitos: más de un año sin verla, casi convencido de que la había olvidado para siempre, y bastó que agitase frente a mí un sistema anticuado de almacenamiento de información para que yo volviera a caer en todos mis antiguos tics de mirón disimulado.

Pero darle vueltas a aquello era una tontería; peor aún, una pérdida de tiempo. Así que me abandoné a mis viejos vicios sin dedicarles un pensamiento más y continué el examen del disco. Por su aspecto, era más o menos como los que se dejaron de usar en la segunda década del siglo. Como mucho tendría capacidad para unos tres o cuatrocientos teras de información, no más teniendo en cuenta su tamaño. No sería difícil reconstruir su estructura en un cristal de datos, pero descifrarla ya era otro asunto. No tenía ni idea de qué tipo de archivos había allí: si eran programas ejecutables, no sabía bajo qué plataforma; si eran ficheros de texto, ignoraba en qué código; si se trataba de imágenes, desconocía su factor de compresión, y si eran parte de una base de datos, cuál de las miles posibles. Y todo ello suponiendo que la información se ajustara a los estándares actuales y no estuviera grabada en uno de aquellos ridículos sistemas del siglo pasado que más parecían diseñados para colapsar los ordenadores que para hacerlos eficaces.

Lo que quería decir que tenía un buen reto entre manos, y si Andrea no podía resistirse a un misterio, yo no podía resistirme ante la idea de un sistema de almacenamiento de información que me desafiaba a descifrarlo.

Dejé de mirar el disco. El cigarrillo de Andrea casi se había consumido y ella contemplaba la pavesa con una expresión que yo conocía bien y que no había visto en su rostro en algunos años.

—De acuerdo. Dame tres o cuatro días —dije.

—Sabía que podía contar contigo. Y ni siquiera he tenido que engatusarte.

En otros tiempos hubiera contestado cualquier banalidad al estilo de «tu sola presencia me engatusa», pero no eran otros tiempos, así que me limité a enarcar una ceja y procuré parecer divertido.

Andrea se levantó. Durante un momento creí que iba a darme un beso, pero se limitó a dejar que sus dedos rozaran con timidez mi frente. Era la primera vez que me tocaba en algo más de cuatro años, aproximadamente el mismo tiempo que llevaba sin conectarse a la red. Esa parte llena de autocompasión de la que el hedonista que soy aún no ha conseguido librarse (supongo que porque es un complemento perfecto) saboreó el contacto con la misma intensidad con la que alguien perdido en el desierto saborearía el primer trago de agua. En aquel preciso instante te recordé y, por primera vez en cuatro años, me sorprendí echándote de menos.

Es curioso. No cambiamos, ¿verdad, Lúrquer? Creemos que sí, nos susurramos una y otra vez la nana de que hemos dejado atrás el pasado, que hemos conseguido seguir adelante y ya no sentimos la imperiosa necesidad de volver la cabeza. Somos un hombre nuevo que recordamos al estúpido que éramos unos años atrás con lástima o, como mucho, con cierta nostalgia cargada de compasión. Pero es una mentira, una farsa, y basta que cualquier pedazo del pasado regrese a nosotros para que nos demos cuenta de que todo lo que hemos hecho no ha servido de nada y que, si hemos cambiado, ha sido sólo para ser más nosotros mismos y refinar nuestras obsesiones.

Sí; es cierto: no cambiamos. No hacemos otra cosa que cubrirnos con maquillaje, resaltar aquello que nos gusta y tratar de disimular lo que no nos agrada de nosotros mismos. Nos pasamos la vida ocultos tras máscaras, empeñados una y otra vez en negar lo que somos, convencidos de que la sola voluntad es suficiente y que basta con desearlo con bastante fuerza para que ocurra. Con miedo a vernos tal como somos, no vaya a ser que lo que veamos no nos guste.

Pensar eso hace que regrese bruscamente al presente y vuelva a centrar mi atención en la imagen robada de los ojos de Andrea que mis nanobots traen hasta mí. Los números se deslizan con rapidez por el display del ascensor y Andrea los mira, supongo que tratando de no pensar en nada, de mantener su mente lo más alerta posible en espera de alguna trampa. Hace bien, aunque no creo que él intente nada todavía, y cuando

lo haga será algo mucho más sutil que un burdo ataque físico. Al fin y al cabo, uno no se convierte en el dueño del mundo matando moscas a cañonazos. No; eso llegará después, y espero por el bien de Andrea que sea breve, eficaz y no muy doloroso.

El ascensor se detiene y lo que nos muestran sus puertas abiertas es un largo pasillo mal iluminado que parece no terminar nunca. Por los movimientos de la imagen tengo la impresión de que Andrea duda antes de salir. Al fin lo hace y ambos oímos la puerta cerrarse a nuestras espaldas. Andrea se vuelve unos instantes, gira de nuevo y echa a andar por el pasillo. En realidad, no tiene muchas más opciones.

Hace una semana, tampoco yo las tenía, recuerdo, sumergiéndome de nuevo en mi memoria con esa autocomplacencia indulgente que debería irritarme pero no lo hace. Me acuerdo con claridad de que estuve considerando seriamente la posibilidad de dar carpetazo al asunto, decirle a Andrea que no había nada que pudiera hacer y dejarla salir de mi vida otra vez, con un poco de suerte quizá para siempre. Pero sabía que eso era una tontería, que negarme a ayudarla estaba fuera de cuestión, no sólo porque el desafío que me había planteado me resultaba lo bastante interesante, sino porque negarle algo a Andrea me parecía tan inútil como intentar convencer a una bala de que diera media vuelta e hiciera el favor de no reventarme las vísceras. Así que farfullé algo parecido a un asentimiento y en cuanto ella hubo salido de mi piso comencé a estudiar el disco en serio. Reconstruir su estructura en un cristal de datos era un juego de niños. Mis nanocons tardaron menos de media hora en diseñar una unidad lectora, y mis sistemas, algo menos de un segundo en copiar el contenido del disco.

A partir de ahí estaba en un callejón sin salida, algo que pocas veces me ha ocurrido y que, cuando ha pasado, jamás he reconocido en público. Claro que mi único público eres tú y es muy probable que a estas alturas ya no quede rastro alguno de ti en el mundo. En cualquier caso, no tardé en darme cuenta de que el asunto me sobrepasaba: al fin y al cabo, sólo soy una rata de la red (la mejor, si alguien está interesado en saberlo), no un experto en paleoinformática y, desde luego, no estaba dispuesto a llenarme de ARN educativo hasta las orejas para llegar a serlo.

Claro que ¿qué es una rata de red sin contactos? Durante los años que había pasado robando, vendiendo, trapicheando y deformando información había hecho unos cuantos favores a bastantes individuos, y al menos media docena de ellos eran chiflados revivalistas que se pasaban

la vida reconstruyendo antiguallas del siglo XX para jugar con otros chi-flados revivalistas a juegos de aniquilación en red en los que ni siquiera había una convincente apariencia de tridimensionalidad en el escenario. Aquél era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar a cobrar favores.

Contacté con varios de mis conocidos, les expliqué de qué iba la cosa, aunque sin entrar en detalles comprometedores, y me largué de su espacio de red tan pronto como pude hacerlo sin parecer descortés. La mayoría de los espacios personales de la red son un caos incómodo y vistoso proyectado más para la eficacia y la estética que para la comodidad. Y, demonios, había pasado los últimos diez años de mi vida diseñando un entorno personal (tanto virtual como de carne) que se me ajustase como si fuera una segunda piel, tan cómodo, cálido, agradable y seguro como un útero. Así que no solía tener demasiada paciencia con los espacios vitales de los demás. Incluso aquéllos contruidos pensando en la comodidad de usuarios y visitantes me resultaban desagradables y no aguantaba en ellos más de unos minutos. No importaba que, al igual que hacemos todos, llevara conmigo parte de mi entorno: no me sentía en casa, y sólo allí estaba a salvo.

Terminé pronto las visitas, dejé unos cuantos mensajes en la red y me senté a esperar. Expresión un poco carente de sentido, porque llevo sentado desde que, a los trece años, un camión rebanó la mayor parte de mis piernas y mis padres descubrieron que mi sistema inmunológico se cargaba en cuestión de horas cualquier tipo de nanobot introducido en mi cuerpo, así que hacerme crecer un nuevo par de piernas estaba fuera de lugar. A veces no puedo evitar fantasear sobre cómo habría sido de no haber ocurrido aquello, si viviría igual, recluido permanentemente en mi sala de comunicaciones y conectado al mundo entero a través de la red, si me habría convertido en el mirón silencioso que soy. No es que me importe, en realidad: soy como soy, algo que no puedo cambiar y, en el fondo, tampoco deseo hacerlo.

Pero abandonarse a las fantasías personales es tan tentador que pocas veces lo resisto. Me imagino con piernas, sin el sofisticado equipo informático que mis padres adquirieron para compensar mi deficiencia, y saliendo al mundo real (un mundo real muy superior al auténtico, más nítido, más preciso y, sobre todo, menos peligroso) y enfrentándome a él. En esas fantasías soy una persona decidida, arrogante y gallarda que se enfrenta a los más difíciles retos y logra salir siempre triunfante. También soy un hombre con una vida sexual intensa, con todas y cada una de las mujeres que he conocido y deseado a lo largo de mi vida formando parte

de un harén en el que, por supuesto, Andrea es la favorita. Y, sobre todo, soy tu amo y señor, y tú no eres más que el bufón de mi corte, mirándome siempre con resignación y rencor, envidiando mi suerte y sometido a mis caprichos. Trivial, ¿verdad, Lúrquer? Incluso tonto, por qué no. Pero satisfactorio. Y a larga, eso es lo único que importa.

Pasó el tiempo, y el límite del plazo que le había dado a Andrea para que viniera a verme se acercaba cada vez más. Mis intentos de desentrañar los datos del disco se iban revelando infructuosos y, con cada hora que transcurría sin haber conseguido la solución, iba sintiéndome más frustrado.

Andrea me necesitaba. Necesitaba mi ayuda y ésa era una oportunidad que no podía dejar pasar. Durante el último año, un pequeño rinconcito de mi mente había estado planeando, fantaseando, anticipando el momento en que Andrea volviera. Y ahora que lo había hecho no podía fallarle. Si quería tener éxito, si quería que de algún modo ella volviera a bailar al son que le marcaran mis dedos (pero ¿había hecho eso alguna vez?), no podía permitirme el lujo de no conseguir lo que me había encargado. Andrea tenía que comprobar que Álex, el bueno de Álex, seguía siendo tan eficaz como siempre. Que eso, al menos, no había cambiado como lo había hecho todo lo demás.

Al final, alguien contestó a uno de mis mensajes. Me sorprendió ver quién era el remitente. Sé que recuerdas tan bien como yo a ¿Cuántos ángeles?; que, de hecho, deberías recordarlo bastante mejor que yo. Era una de las últimas... «personas» a las que hubiera supuesto interesadas en paleoinformática. En realidad, en aquel momento ignoraba cuáles eran sus intereses, más allá de diseñar ambientes virtuales bastante enloquecidos y atormentar a sus visitantes con preguntas ridículas. Tan pronto te lo podías encontrar en los foros de discusión más candentes como pasarte meses sin verlo por ninguna parte. Había hablado con él en un par de ocasiones, si es que a lo que se hacía con ¿Cuántos ángeles? podía llamarse hablar, y no me habían quedado ganas de repetir la experiencia.

De hecho, me sorprendió que todavía tuviera su nodo en mi directorio: no suelo anotar la dirección de alguien con quien no me interesa mantener el menor contacto. No tardé en comprobar que, en realidad, no lo tenía, y tardé menos aún en cerciorarme de que no era una de las personas a las que había enviado mi petición de ayuda. Pero ya por entonces sospechaba que ¿Cuántos ángeles? no era un solo individuo, sino un grupo (todos tan chiflados como la mente colectiva para la que vivían)

y era probable que, sin saberlo, le hubiera dejado el mensaje a alguno de ellos, en su personalidad pública.

Su respuesta era tan lacónica como críptica. Un fichero 3D con sonido integrado, una especie de bucle visual carente de propósito que repetía una y otra vez:

—Podríamos estar interesados en discutir sobre números, consistencias y formas.

Sí; claro. Podrían estar interesados en lo que fuera, pero yo no lo estaba tanto en hablar de nada con ¿Cuántos ángeles?.

Salvo que el tiempo transcurrió sin que nadie más contestara mi mensaje. Me parecía ridículo: tenía que haber al menos una, de todas las personas que conocía, que pudiera ayudarme a descifrar los datos del disco, y una que no fuera un cretino esquizoide con el que hablar resultaba una tortura.

Pues no; no la había. Así que a medida que pasaban las horas juzgaba menos descabellada la idea de ir a ver a ¿Cuántos ángeles? y procurar sacarle algo de información coherente. No porque realmente lo fuera, sino porque parecía la única opción que me quedaba.

Claro; tenía la opción de rendirme, de decirle a Andrea cuando volviera que no había podido descifrar los datos del disco. ¿Tenía aquella opción? No, por supuesto que no.

Finalmente suspiré, lancé un par de maldiciones y me puse el casco de datos. Sentí cómo se activaba el sistema y los pins de conexión se clavaban en mis terminaciones nerviosas. Antes de que me diera cuenta viajaba por la red en dirección al nodo que ¿Cuántos ángeles? me había facilitado en su respuesta. Como hago siempre cuando navego, tanto que casi se ha convertido en un reflejo automático, no muy distinto de un encogimiento de hombros o un fruncimiento de cejas, solté alguna de mis rutinas espía en tu busca. No confiaba en encontrarte; sabía muy bien que sin la ayuda de Andrea nunca conseguiría sacarte de tu escondite, pero somos lo que somos en buena medida por nuestras costumbres, por ridículas o inútiles que sean.

El nodo al que me dirigía parecía desde lejos una especie de enloquecida basílica bizantina que estuviera apunto de venirse abajo, y a medida que me acercaba, la impresión no hacía sino corroborarse. Después de pasar las puertas de aquella ridícula iglesia me materialicé en un entorno virtual que simulaba una enorme punta de alfiler y me descubrí tratando

de mantenerme en equilibrio sobre ella mientras cientos de formas ase-
xuadas y casi tan invisibles como un beso que no alcanza su destino
caían sobre mí e insistían en pedirme que las contara.

Volví a recordar lo poco que me gustaba tratar con ¿Cuántos ángeles?.
Ya he dicho que está completamente loco, pero no es por eso; al fin y al
cabo todos lo estamos, o no estaríamos en la red. Pero su locura me solía
resultar más bien incómoda, cuando no irritante.

Siempre insistía en materializarse en su propio entorno, y no permitía
que los visitantes llevaran nada del suyo: eso, cuando menos, ya es una
considerable falta de educación. Pero si encima el entorno era algo tan
carente de sentido como el suyo, la cosa ya pasaba a mayores. Unamos
a eso que se empeñaba en que sus invitados trataran de mantener el
equilibrio sobre la punta del alfiler mientras contaban a los bailarines y
entraremos decididamente en el absurdo.

Y ¿Cuántos ángeles?, al menos por aquel entonces, me resultaba
absurdo, y aún ahora no estoy muy seguro de que no lo fuera. Absurdo
del todo; carente por completo de lógica y sin el menor deseo de tenerla.
Como ya he dicho, sus intereses en la red eran más cambiantes que el
clima y con menos pautas que éste.

—¿Cuántos somos? —repetían una y otra vez aquellas figurillas
tenues que revoloteaban sobre mí, mientras yo trataba de mantenerme en
equilibrio y no despanzurrar mi cuerpo digital contra el mosaico de unos
cientos de metros más abajo.

No soy precisamente muy ágil: llevo años sin usar unas piernas digi-
tales (salvo para el sexo; al fin y al cabo, si una rutina de prostitución se
acicala para mí, lo menos que puedo hacer es ponerme presentable para
ella) e incluso cuando tenía piernas auténticas no era precisamente un
bailarín de torsión.

Lo que me apetecía era contestar: «¿A quién coño le importa?» y mar-
charme, pero no podía.

—Más de uno y menos de un millón —dije.

—No —dijo uno de los ángeles.

—está —añadió otro.

—mal. —un tercero.

—Pero

—tienes

—que

—afinar

—más.

Sí; eso mismo pensaba yo cuando solté aquella tontería. Estaba a punto de decir un número concreto cuando se me ocurrió algo:

—Menos de uno y más de un millón.

Quién lo diría. Resultó. Los ángeles empezaron a reírse todos a la vez y, de pronto, tanto ellos como el alfiler se desvanecieron. Ahora estaba en el suelo de la iglesia y mis pies, sobre el mosaico, parecían estar pisoteando las partes blandas de algún santo en actitud poco digna. Frente a mí, ¿Cuántos ángeles? se había recompuesto y tenía un aspecto más o menos humano: todos aquellos ridículos angelitos se habían unido para formar una figura aceptablemente antropeide.

—Al menos ha sido original.

Su voz era tal como la recordaba: igual que la de un eunuco que ha pasado demasiado tiempo en el harén. Sus gestos estaban llenos de amaneramiento y hasta su propio cuerpo tenía algo de femenino que hacía que no estuviera seguro de si estaba mirando un efebo demasiado bello o una muchachita no muy guapa.

—Hago lo que puedo —dije—. ¿Podías dejarme tener mi aspecto habitual? —añadí, señalando las dos piernas que hacía años que no tenía.

Negó con la cabeza, en un gesto seco y definitivo.

—Ya conoces las reglas; es mi entorno. Y no me gusta ver personas disminuidas.

Me pregunté entonces por qué todos aquellos angelitos que le daban forma carecían de la menor huella de aparato reproductor, pero preferí no decir nada en voz alta. Abstenerse de insultar a quien puede ayudar suele ser una buena norma.

—¿Qué me puedes decir del disco?

—Muchas cosas. Y te diré algunas. Otras no. Aún estoy decidiendo cuáles.

Hoy estaba juguetón. Formidable. Pero si hubiera recibido otras respuestas a mi mensaje no estaría allí ahora, y ¿Cuántos ángeles? lo sabía tan bien como yo mismo. Así que me encogí de hombros: jugaríamos, qué remedio.

—Cuando quieras.

—No. Cuando quieras tú.

—Pues ahora.

Dudó unos instantes, seguramente tratando de encontrar el modo más estúpido e irritante de decirme lo que necesitaba saber. Enseguida dio con él:

—Bien, veamos. El disco es circular. Aunque también es cuadrado. Por otra parte no es ninguna de las dos cosas, puesto que tiene al menos tres dimensiones que podamos ver. Tiene plástico y metal. Y su color es el azul, aunque desde otro punto de vista podríamos considerar que es de cualquier color menos azul. Y si la muestra que me diste es correcta, consta de los índices, la estructura y varios registros de una base de datos.

La última frase la soltó justo en el instante en que estaba a punto de hacer un comentario no muy afortunado sobre el grado de parentesco de sus padres. En aquel momento recordé que aquélla era precisamente una de sus características fundamentales: llenarte la cabeza con información inútil y darte lo que buscabas en el momento preciso en que estabas a punto de mandarlo todo a paseo.

—¿Qué tipo de base de datos? —pregunté.

—Relacional.

Eso era como decirme que Zebedeo era el padre de los hijos de Zebedeo. Sólo un imbécil congénito (no sé, el propio ¿Cuántos ángeles?, pensé en aquel momento, intentando que mi rostro virtual permaneciera impasible) usaría una base de datos no relacional.

En fin; mejor lo dejábamos e intentábamos tomárnoslo con calma.

—¿Tienes software para leerla? —pregunté.

—¿Lo tengo? Sí. ¿Te lo daré? Aún no lo he decidido.

Hmmm. No tenía muy claro si merecería la pena seguir insistiendo. Ahora que ya sabía el tipo de datos con el que me enfrentaba tenía al menos una buena posibilidad de decodificarlos. Y si los entornos virtuales de los demás me resultan incómodos, el de ¿Cuántos ángeles? lo era especialmente. Pese a todo, pregunté:

—¿Hay algo que yo tenga que te interese?

Fue como una explosión. Los angelitos salieron despedidos de su cuerpo y volaron en mil direcciones al mismo tiempo. Se recompuso al cabo de un rato, pero no parecía muy contento y los pequeños ángeles que componían su cuerpo temblaban como si, de pronto, la temperatura se hubiera vuelto ártica. El resultado era que el cuerpo de ¿Cuántos ángeles? se veía borroso, desenfocado.

—¿Me estás proponiendo una transacción? —gritó.

Fue curioso, porque seguía teniendo la voz aflautada de un eunuco pero de pronto me pareció tremendamente viril

—¿Aquí, en este templo, en este lugar de meditación y espiritualidad, me estás proponiendo algo tan vil como una transacción comercial?

—Sí. —Negarlo no habría servido de nada.

—Ah, bien. —Su tono de voz había recuperado la normalidad, y los angelitos que lo componían dejaron por fin de temblar. Por un momento me descubrí a mí mismo pensando que hubiera preferido seguir viéndolo desenfocado—. Lo cierto es que no se me ocurre nada que puedas tener ahora mismo que me interese, pero si en el futuro encuentro algo te avisaré.

—De acuerdo.

—Acabo de transferir a tu nodo el software que necesitas —dijo con cierta petulancia. Me miró como quien examina un espécimen extraño y no está muy seguro de encontrarlo interesante—. Adiós.

Las paredes de la iglesia empezaron a fluctuar y, bajo mis pies, el mosaico se deshizo en algo parecido a una jalea multicolor. ¿Cuántos ángeles? me estaba echando de su entorno.

—Adiós —dije.

De pronto alzó una mano.

—Espera. Se me olvidaba una minucia.

Lo que alguien con un sentido del humor tan retorcido como ¿Cuántos ángeles? pudiera considerar una minucia hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

—¿Cuál? —pregunté, no muy seguro de querer saberlo.

—El sistema de registros e índices que se usa en tu disco forma parte de un experimento gubernamental de principios de siglo para grabar la mayor cantidad posible de información en el menor espacio disponible... entre otras muchas cosas. Aquella parte del experimento se fue al garete en cuanto aparecieron los cristales de datos, pero no porque no sirviera; sólo se quedó anticuado, que es lo peor que le puede pasar a un juguete tecnológico. Nunca se hizo público y sólo las agencias gubernamentales más oscuras tenían acceso al proyecto.

No le pregunté cómo se había enterado de eso. Todos tenemos nuestros métodos para conseguir lo que queremos en nuestros respectivos campos. Pero no entendía a qué venía la parrafada.

—Ten cuidado —añadió.

Sonrió de pronto y me sorprendí al notar cierta simpatía en la sonrisa, como si por fin hubiera decidido que pese a todo, sí, me encontraba interesante. Sus siguientes palabras me lo confirmaron:

—Para ser un mediocre estás bastante loco —lo que creo que era su forma de decir que le caía moderadamente bien, aunque no estoy seguro y tampoco me importaba gran cosa—. No sé de dónde has sacado el disco, pero seguro de que el sitio apesta.

La iglesia terminó de desvanecerse, al igual que la jalea del suelo y mis piernas. Navegué por la red de vuelta a mi nodo y durante todo el trayecto tuve la sensación de encontrarme empapado por completo por algo pringoso y multicolor. Cuando me desconecté, unos segundos más tarde, me costó trabajo resistir el impulso de darme un largo baño.

No lo hice, básicamente porque en aquel momento me di cuenta de que alguien llamaba a la puerta. Era Andrea y parecía confusa. Hacía tanto que no la veía así que estuve tentado de grabar la imagen del videocasero. En realidad no hacía ninguna falta: era difícil olvidar el aspecto que tenía su rostro cuando lo atrapaba el desconcierto. De hecho, para mí era casi imposible olvidar el aspecto que tenía su rostro en cualquier momento o con cualquier expresión. Al fin y al cabo, ella llevaba siendo mi objeto de estudio favorito desde que la había conocido y, a aquellas alturas, me sabía sus gestos, ademanes y manías casi mejor que los míos propios.

Me pregunto qué aspecto presentará el rostro de Andrea ahora, mientras recorre ese pasillo en sombras, y una vez más fantaseo con la idea de construir unos nanobots que me permitan no sólo ver lo que ella vea, sino verla a ella mientras ve. El pensamiento hace que vuelva al presente de pronto y compruebe si Andrea sigue en el pasillo: sí, allí está, igual que ha estado los últimos minutos, como si el túnel no tuviera final.

Y sin embargo, lo encuentra inesperadamente. El juego de iluminación es tan bueno que no nos damos cuenta de que hemos llegado a una puerta hasta que casi tropezamos con ella. Al menos, yo no me doy cuenta, y supongo que Andrea tampoco. Ya puestos, pienso, podría hacer además que los nanoespías me dieran una imagen de lo que pasa por su cabeza. Aunque quizá no me gustaría.

En mitad de la puerta hay un pequeño timbre que parpadea con una luz naranja. Andrea lo pulsa y la puerta se abre en silencio. Más allá, apenas puede divisarse nada: sea lo que sea, está peor iluminado que el pasillo.

Andrea duda unos instantes y finalmente da un par de pasos hacia el interior. Oímos cerrarse la puerta tras ella y alguien frente a nosotros dice:
—*Fiat lux.*

Una iluminación tenue y relajante nos descubre poco a poco el lugar en el que estamos. Es una habitación enorme que parece concebida para que se pueda vivir en ella sin renunciar a nada y sin necesitar nunca del mundo exterior. Si hacemos caso de las leyendas, eso es precisamente lo que ha hecho el hombre que se sienta en una esquina de la mesa del fondo: encerrarse allí y controlar el mundo sin salir nunca de su refugio. No puedo

evitar sentir una punzada de envidia; al fin y al cabo, lleva (sólo que más y mejor, y por propia voluntad) el tipo de vida que trato de llevar y que las circunstancias, mi carácter o ambos me han enseñado a considerar ideal.

Las paredes están cubiertas, casi sobrecargadas, de lo que parecen carteles de antiguas películas o series de ciencia ficción: alienígenas de goma, naves de plástico, sexo en gravedad cero, armas llenas de lucecitas, planetas infográficos, sexo en gravedad cero, robots asesinos venidos del futuro, superhéroes envueltos en lycra amarilla, sexo en gravedad cero, estaciones espaciales del tamaño de un planeta, flotas estelares que luchan en espacios casi claustrofóbicos, sexo en gravedad cero, máquinas para viajar en el tiempo, simios parlantes, sexo en gravedad cero, dinosaurios gigantes caminando por ciudades superpobladas, invasiones extraterrestres, sexo en gravedad cero.

El hombre sentado tras la mesa sonrío al ver a Andrea. Estamos aún muy lejos, pero de algún modo tengo la impresión de que los que sonrían son sus labios, no sus ojos. Deja la mesa con un saltito felino y echa a andar hacia donde estamos. Viste unos vaqueros raídos y una camiseta negra varias tallas más grande de lo necesario estampada con una nave estrafalaria que cruza una nebulosa. Al llegar a su altura, Andrea le tiende la mano, aunque sé bien que ella sabe que nunca se la estrechará.

En efecto, finge no ver el gesto y dice, lleno de cordialidad, casi entusiasmado:

—Soy Zoltan.

Como si hiciera falta. Los ojos de Andrea lo recorren de arriba abajo y yo aprovecho para examinarlo también. No es muy alto, tiene la frente amplia y despejada, los ademanes contenidos, el cuerpo esbelto y probablemente sin un gramo de grasa innecesaria. Y sus ojos, tal como había adivinado en la distancia, son fríos.

—Siéntese, por favor. ¿Desea tomar algo?

Por el mareante vaivén de la imagen, supongo que Andrea ha contestado negativamente y luego se ha sentado. Zoltan toma asiento frente a ella y sonrío de nuevo, se quita una pelusa imaginaria de la camiseta y se relaja ostensiblemente en el asiento, casi desparramándose sobre él, todo indolencia y tranquilidad. Y ¿por qué no? Está en su búnquer, su refugio a prueba de todo: allí, nada puede dañarlo. Sonrío de nuevo y casi consigo hacerme creer que la visita de Andrea es para él un placer esperado durante largo tiempo. Luego, chasquea los dedos y un vaso con un líquido ambarino aparece junto a él, conjurado por su gesto. Saborea la bebida con un placer que no alcanza sus ojos y vuelve a mirarnos.

—Es usted obstinada, señorita Abercombe.

—Si quiere decir que no me gusta dejar las cosas a medias, acierta.

Él se encoge de hombros y toma otro trago de su bebida.

—Es una forma de verlo, si quiere. Es una cualidad útil, pero peligrosa en algunos momentos.

Andrea no responde, aunque puedo imaginarme perfectamente el mohín de desagrado de su boca. Zoltan ha cruzado las piernas y nos mira (y en cierto modo extraño tengo la sensación de que, efectivamente, nos mira) con una actitud relajada y distante, como si esto fuera una tranquila partida de ajedrez en el parque y él esperase el movimiento de apertura de su adversario. Incluso se las apaña para no dar la impresión de saber que el mate es suyo y que no puede ser de otra manera.

—Es usted una privilegiada, ¿sabe? No dejo entrar aquí a cualquiera.

Abre los brazos, intentando abarcar toda la habitación en un ademán.

—En cierto modo, este lugar representa mi punto débil. Aquí me muestro tal como soy: sin defensas, sin máscaras. Mis puntos flacos están al descubierto; mis obsesiones han salido a la luz.

—¿Y a qué debo el privilegio?

Zoltan parece complacido.

—En efecto. «Privilegio.» Lo ha descrito a la perfección. Podría decir que se debe a su..., eh... —parece repentinamente indeciso, casi tímido— considerable atractivo. Porque, querida, está usted, cómo lo diría, bastante más que bien. Pero no; no es eso.

—No —dice Andrea—. Ya me imagino que podrá conseguir docenas de mujeres más atractivas que yo casi sin esfuerzo.

Él asiente, casi a regañadientes.

—Es cierto. Y en cualquier caso, no las traería aquí. Tengo otros lugares más apropiados para... ese tipo de actividades.

—Lo que está haciendo es monstruoso —dice Andrea, de pronto.

Típico de ella, ¿verdad? ¿Cómo la definiste al presentármela? «La sutileza no es su fuerte y tiende a moralizar en exceso. Pero, muchacho, merece la pena, te lo aseguro.» Por entonces yo ya te conocía bien, eso creía, y estaba acostumbrado a tu forma de exagerar la realidad. No estaba preparado para Andrea, pero, dado que tú tampoco lo estabas, eso equilibra un poco las cosas, supongo. Recuerdo que te dije que seguro que aquello de moralizar en exceso era una reacción contra tu influencia. Y tú me preguntaste que cuál era la mía. Es curioso; se me ha olvidado qué respondí.

—Vaya; no me esperaba eso de usted —nos dice Zoltan, molesto por primera vez desde que Andrea entró en la habitación.

—Sí; suelen subestimarme con bastante frecuencia.

Zoltan chasquea la lengua contra el paladar.

—En realidad, me parece que la he sobrestimado.

De pronto, parece realmente contrariado, como si hubiera cifrado buena parte de sus expectativas en la actitud de Andrea.

—Creía que..., no sé... —duda, repentinamente nervioso— usted, mejor que nadie, debería entenderlo. Pensaba que quizá...

Se detiene, agacha la cabeza y da la impresión de sentirse cada vez más inquieto. Esto sí que no me lo esperaba, desde luego. Toda apariencia de seguridad, de la tranquila arrogancia con la que nos recibió, ha desaparecido de sus gestos. Durante un momento tengo la ridícula impresión de que va hacer pucheros. Lo que hace resulta, en cierto modo, mucho peor: se encoge sobre sí mismo, abraza sus piernas flexionadas y comienza a balancearse con la mirada fija en el infinito. ¿Qué demonios...?

Noto cómo Andrea se incorpora. Da un par de pasos hacia él, seguramente tan perpleja como lo estoy yo. Se detiene, indecisa.

De pronto, la mirada de Zoltan recupera su foco y nos atraviesa: llena de diversión, pero sin perder su frialdad.

—No —dice—. Me temo que no. Lástima. No creo que haya lugar para una persona cegada por los prejuicios morales en el Proyecto Saulo.

Por la forma de moverse la imagen me doy cuenta de que Andrea está inquieta, como un gato encerrado en un sitio muy pequeño del que no ve ninguna salida. Zoltan se cree muy seguro, pero no creo que sepa lo cerca que ha estado de acabar con el labio partido.

—Vamos, Zoltan —dice Andrea, tratando de fingir que su farsa no la ha engañado ni un instante—, sabe tan bien como yo que no tengo el menor deseo de ser incluida en su proyecto. Y, por otra parte, no creo que usted tenga el menor interés en que me una a él. Así que, ¿qué tal si dejamos de andarnos por las ramas?

Lo dicho: sutil como un bate de béisbol lleno de clavos. Ésa es mi Andrea. No, en realidad, fue tu Andrea, nunca la mía. Aunque me pregunto... No, mejor lo dejamos.

Zoltan asiente y recoge su bebida de la delicada mesita de cristal que hay frente a él. Se reclina ligeramente hacia nosotros y se frota la palma de una mano con la otra: sus movimientos son fluidos, sin aspavientos innecesarios, pero no puedo evitar la sensación de que hay algo falso, antinatural, en ellos. Tiene la vista baja y parece morderse el labio.

—Si eso es lo que quiere, es lo que tendrá. Por qué no —dice al fin, encogiéndose de hombros—. Será divertido. Un tiempo, al menos,

supongo. —Su tono desmiente sus palabras—. Pero entonces, permítame una pregunta: ¿para qué ha venido a verme? ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Me gustaría matarlo, si es lo que pregunta. Pero no lo voy a intentar. No creo que pudiera conseguirlo. Incluso ahora, dudo mucho que esté indefenso. —Zoltan asiente—. En realidad he venido para que me ayude a rellenar las últimas lagunas de la historia. Para que quede completa.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Por primera vez, Zoltan parece permeable a la emoción. Es sorpresa lo que veo asomar a sus ojos.

—¿Y cree que yo le proporcionaré la información que necesita? —pregunta con incredulidad, como si acabara de contemplar algo imposible.

—Quizá no —dice Andrea—, pero el único lugar donde podía conseguirla era éste. —Cada una de sus palabras parece haber sido articulada contra su voluntad.

Una nueva sorpresa, en este caso para mí, porque Zoltan sonrío otra vez y ahora su mirada acompaña a su boca en el gesto. Lo veo asentir, complacido, y casi parece a punto de relamerse.

—¿Y cuando haya obtenido lo que desea?

—Nada. Usted me matará, supongo.

—O sea que ha venido hasta aquí con el único propósito de satisfacer su curiosidad, incluso aunque eso represente la muerte.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, ya estoy muerta. Supongo que lo estoy desde que sus agentes me localizaron, y que si no me ha ejecutado aún es porque todavía no sabe cuánto sé ni a quién se lo he contado.

Zoltan asiente. Bebe un trago de licor. Posa el vaso en la mesa.

—Es usted inteligente y tiene valor —dice, impresionado a su pesar—. Eso no puedo dudarlo. Supongo que esto no será una de esas ridículas trampas de los culebrones de la trivi. No esperará enredarme hablando para que el villano arroje alguna luz inesperada que le permita al héroe derrotarlo y salvar al mundo una vez más.

—Ha dicho que soy inteligente.

—Es cierto, pero puedo equivocarme. Pero no, no creo que sea el caso. Al fin y al cabo, usted conoce el mundo real. Trabaja en él. Casi podríamos decir que desentrañar cómo funciona el mundo real es su trabajo. Y, por lo que he leído en su historial, es bastante buena. Además, ha conseguido despertar mi interés; eso es indudable. La verdad es que no acabo de comprenderla del todo; no termino de entender por qué ha venido a buscar una información que, hasta donde sé, ya posee. Pero

satisfacer su curiosidad no me hará daño. Y es una forma de ordenar mis ideas tan buena como cualquier otra. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, como ya supondrá, no son muchas las oportunidades que tengo de compartir mis conocimientos con los demás. Por supuesto, mis subordinados conocen la parte del proyecto en la que trabajan, pero ninguno de ellos tiene una visión global. —Sonríe con petulancia—. A fin de cuentas, el rasgo que nos distingue como especie no es la inteligencia, supongo, sino el deseo desenfrenado de cotillear. Los curas y los psiquiatras lo saben muy bien: viven de ello.

Se levanta de repente del asiento.

—Sígueme, por favor.

Así lo hacemos mientras él se dirige hacia la mesa del fondo. Una vez allí, sus brazos revolotean como si se hubieran enredado en alguna madeja invisible. Un holo se materializa en la pared que hay frente a nosotros.

—El Proyecto Saulo.

Ante nuestros ojos se despliega una estructura de directorios, un complejo árbol que parece ramificarse hasta el infinito. Atravesamos ahora un territorio familiar, porque esa estructura es, hasta cierto punto, la que yo mismo descubrí con tu ayuda no hace más de unos días. Lo que vi no era igual que lo que estoy viendo en estos momentos, por supuesto, nada tan nítido ni sistematizado como lo que estoy compartiendo a través de los ojos de Andrea, pero sin duda era la implementación en el mundo real de la estructura que contemplo ahora.